



## CRÍTICAS

### La Segunda República española: textos fundamentales

Selección de leyes, discursos y proclamas

Norbert Bilbeny (ed.)

Estudio histórico introductorio de Paola Lo Cascio  
Investigación documental de Nicolí Cabezas Ramírez

#### LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA: TEXTOS FUNDAMENTALES. SELECCIÓN DE LEYES, DISCURSOS Y PROCLAMAS

NORBERT BILBENY (ED.)

EDICIONES DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA  
ESTUDIOS HISTÓRICO INTRODUCTORIO DE PAOLA LO CASCIO, INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL DE NICOLÍ CABEZAS RAMÍNEZ, 454 PP., 34 €

**Norbert Bilbeny** (Barcelona, 1953), catedrático de Ética en la Universidad de su ciudad natal, es uno de nuestros pensadores de más fuste; autor de numerosas y muy valiosas obras –la más reciente, *La enfermedad del olvido*, (Galaxia Gutenberg)–, nos ofrece ahora *La Segunda República española: textos fundamentales. Selección de leyes, discursos y proclamas*, que, nos explica, «quiere ser, ante todo, el testimonio documental de una experiencia excepcional y de continuado interés en la historia española. Y, a la vez, pretende ser una herramienta de información útil para centros de estudios, académicos, estudiantes y público en general, interesados todos ellos por la historia contemporánea y la particular crónica política española. De otro modo no es fácil tener acceso al género ni al número de documentos como los que se reúnen y ordenan en este manual» (pág. 11-12).

La Segunda República, como es sabido, heredó de la monarquía de don **Alfonso XIII** diversos problemas de gravedad indudable:

1) Una forma unitaria de Estado cerradamente centralista, en pugna con las reivindicaciones autonomistas de Cataluña y, también, del País Vasco.

2) Un Ejército viciado en todas sus capas por su intervencionismo en la vida pública del país a lo largo del entero siglo XIX y parte del XX, que todavía en 1923 se pronunció mediante el general **Primo de Rivera** en complicidad con don Alfonso XIII.

3) Una Iglesia enfeudada al Estado (la alianza secular del Trono y el Altar), a las clases explotadoras de la sociedad y de espaldas a la tarea evangélica de solidaridad con los más desvalidos.

4) Unas desigualdades sociales explosivas, con una lucha de clases empecinada y muchas veces sangrienta.

5) Una situación en el campo más grave aún que en las escasas zonas poco y mal industrializadas.

6) Una pérdida de ilusión colectiva de la que el pesimismo del 98 es un reflejo fiel.

Añádase a estos males el analfabetismo endémico, la corrupción caciquil, la indefensión sanitaria. El contexto internacional, por otra parte, no podía ser más adverso: la crisis norteamericana del año 29 hacía sentir sus efectos en el resto del mundo, y en diversos países de Europa se asistía al ascenso progresivo del fascismo como respuesta de las clases burguesas frente a la revolución soviética del 17 y sus secuelas. «No se olvide que la república española fue un paréntesis entre dos dictaduras» (pág. 13), «nos recuerda Bilbeny. La Segunda República trajo la reforma profunda de la educación y del ejército, supuso la separación entre el Estado y la Iglesia, apoyó el estatuto de las regiones autónomas, apuntaló la reforma agraria, introdujo la ley del divorcio y la de las condiciones del trabajo, cambió la ley electoral y aprobó el derecho a votar de las mujeres, entre otras reformas esenciales» (pág. 14).

Al tiempo que heredaba todos estos problemas, la Segunda República hizo un esfuerzo considerable para resolverlos con una cierta moderación, mediante la alianza de las clases trabajadoras de filiación socialista, un sector importante de la burguesía ilustrada y la intelectualidad progresista. Pero desde su nacimiento, el régimen republicano vivió emparedado entre la desesperación de las víctimas de siglos de hambre y de injusticia y la declaración de guerra del Sindicato de Intereses –lo que hoy se conoce como poderes fácticos–, que lo recibió entre el desconcierto y la tolerancia, pero que en cuanto comprobó que los cambios políticos comportaban transformaciones sociales que lesionaban su status social y económico, aunque fuese de forma mínima, pasaron al ataque.

«La Segunda República fracasó por diferentes motivos» –reflexiona Bilbeny–. «No sucumbió a causa de la Constitución, sino por su inestabilidad y, sobre todo, por la fuerza militar de sus enemigos, alineados con el totalitarismo entonces imperante en Europa» (pág. 15). «Y añade que «las leyes y los hombres y mujeres fueron lo mejor que dio el nuevo régimen republicano. En cambio, ¿qué leyes y qué personas se recuerdan hoy con honor de la Monarquía de Alfonso XIII o de la dictadura de **Franco**? Los republicanos fueron vencidos pero no derrotados. La Segunda República ciertamente fracasó. Creó expectativas que no se pudieron cumplir, le faltaron medios y, sobre todo, le sobraron enemigos. Escribió **Albert Camus**: “Fue en España donde aprendimos que a veces la razón pierde”» (págs. 19-20).

Durante casi cuarenta años, conviene repetirlo una y otra vez, el régimen del general Franco ofreció una versión demonizada de la Segunda República española, lo que responde a la lógica de la obviedad: el llamado Nuevo Estado, al principio no oficialmente monárquico, surge como consecuencia de una sublevación militar. El golpe, proyectado y dirigido por el general Emilio Mola y encabezado por el general José Sanjurjo, fracasó en medio país por la impericia de sus organizadores, por la división de las Fuerzas obvias: el llamado Nuevo Estado, al principio no oficialmente monárquico, surgió como consecuencia de una sublevación armada y por la resistencia popular que se le opuso. El resultado fue la Guerra Civil, en cuyo transcurso la República burguesa resultó impotente frente a la revolución social que, pretendiendo evitarla, provocaron los rebeldes en la España leal con su frustrado pronunciamiento. Tal vez el mejor ejemplo, es decir, el más lamentable, sea el de Cataluña, donde, desde julio de 1936 hasta mayo de 1937, la presidencia y el gobierno de la Generalitat fueron, para su vergüenza, rehenes de las fuerzas anarquistas que, con la neutralidad decisiva de la Guardia de Asalto y de la Guardia Civil, eso sí, en las primeras horas, sofocaron en Barcelona el intento golpista del general Manuel Godey y de otros agueridos milites.

La España vencedora en 1939 fue consecuencia, así, del aplastamiento de la República, de las instituciones que, alegre y pacíficamente, el pueblo español se había otorgado el 14 de abril de 1931. Su justificación moral –la de la España de Franco– pasa, pues, por la descalificación absoluta del régimen contra el que se alzó. Dicha desacreditación, que pretende enlazar la Nueva España con el rei-



nado de los **Reyes Católicos** o de los primeros Austrias, se extiende de algún modo a la fenecida monarquía de don Alfonso XIII, el rey perjuro, a la que se acusa de haber malogrado la Dictadura de Primo de Rivera, sin advertir que la transmutación de la Monarquía parlamentaria de Sagunto (1874) en la Monarquía militar de Septiembre (1923) es, por el contrario, la causa desencadenante del fracaso y de la caída de la Corona.

En 1947 el general Franco, que se había alzado con el santo y la peana, decidió que España se constituía en Reino, en 1969 propuso como sucesor suyo en la Jefatura del Estado, a

título de Rey, a **Juan Carlos de Borbón y de Borbón**, y en 1975, tras el cumplimiento de las previsiones sucesorias, se instauró en España la Monarquía del 18 de Julio, transformada en la Monarquía parlamentaria que hoy nos rige mediante la Constitución de 1978, y que es la continuadora del régimen del general -De la Ley a la Ley- sin solución de continuidad. Se comprenderá, por tanto, que a partir de la instauración monárquica las posibilidades de corregir la versión demonizada de la Segunda República que hemos heredado hayan seguido siendo -salvo excepciones tan honrosas como meritorias- más bien escasas.

Hoy, en nuestro país, reivindicar la esperanza que supuso el 14 de abril de 1931, aunque fracasase, supone asumir el escándalo como bandera. Pero como dejó escrito Antonio Machado, «Ni está el mañana -ni el ayer- escrito». Y de nosotros depende que una lectura correcta del pasado nos permita afrontar el futuro manteniendo la ilusión aun cuando no nos hagamos ilusiones. Y este libro de Norbert Bilbeny, Paola Lo Cascio y Noli Cabezas Ramírez nos ayudará a ello.

**Rafael Borràs**